



[Inicio](#) » [Reportajes](#)

Hombres ayudando en el hogar

¡Vamos, que se puede!

La mujer neurótica que no delega en su pareja tareas domésticas porque quiere que todo salga perfecto es un peligroso estereotipo que para variar culpa al género femenino de sus propias desgracias. Esta es una invitación para que el discurso de la igualdad no sólo se experimente en el mundo público, sino también en el íntimo espacio del hogar.

Por: Cindy/ Rivera



Lector@, si tiene la impresión de que con el correr del tiempo los hombres les han puesto más el hombro a las labores domésticas y si le suena familiar la imagen de un macho lavando ropa, haciendo camas, ordenando clósets, cocinando, dándoles a los niños sus remedios tres veces al día o acompañándolos a hacer las tareas, sepa que ha sido víctima de una distorsión de la realidad. Quizá publicitaria (la figura de un hombre navegando en las aguas siempre revueltas de un hogar resulta sumamente atractiva y eso los creativos lo tienen clarísimo. Si no, fíjese en las imágenes que ilustran este artículo). O tal vez hayan sido los omnipresentes tentáculos del machismo los que le hayan convencido de una falacia tan grande. Como sea, no se culpe –al fin y al cabo uno ve lo que quiere ver–, pero reaccione y saque esa idea equivocada de su cabeza.

El último Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2010: Género, los Desafíos de la Igualdad, presentado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), midió la participación de los hombres en las tareas domésticas y llegó siempre a la misma conclusión: la ayuda masculina está en los límites de la nada.

Una cifra puede aclararle inmediatamente el panorama: en un índice que va de 1 a 7, la contribución masculina en la casa es de 1,9 en el caso de los hombres que trabajan y de 2,3 en el de los que no lo hacen. Es decir, por donde se le mire, ellos no están involucrados en las labores del hogar.

El discurso de la igualdad sólo se vive y se experimenta (con los tropiezos del acceso al poder que todos conocen) en el mundo público. En la esfera privada las cosas siguen siendo básicamente como en el principio de los tiempos. La diferencia está en que la mujer ha salido a trabajar a cambio de una remuneración y eso lo ha hecho a costa de una doble y extenuante jornada (empleo y hogar) no reconocida por las leyes laborales.

¿Necesita más sustentos estadísticos para creer que esto es mucho más que un simple discurso emancipador? La encuesta de Desarrollo Humano 2009, sobre la que se basa el informe del PNUD, proporciona datos muy frescos. Ponga atención al siguiente listado de tareas domésticas y cómo se distribuyen entre hombres y mujeres: llevar a los niños al doctor (85% mujeres, contra 15% hombres); lavar y planchar (82% contra 17%); hacer las tareas con los niños (80% contra 19%); hacer camas (79% contra 20%); cocinar (79% contra 21%); ordenar y hacer aseo (78% contra 21%); ir a dejar y a buscar a los niños al colegio (76% contra 23%); hacer las compras (70% contra 30%), hacer deporte y jugar con los niños (64% contra 35%); pagar las cuentas (60% contra 30%).

Redoble de tambores. A continuación, el único ítem en que los hombres llevan la delantera: hacer arreglos en la casa (60% ellos contra 39% ellas). “La división sexual de las tareas domésticas es nítida y sigue completamente vigente en materia de distribución de responsabilidades”, sostiene el informe del PNUD, que también se pregunta: hoy, que las mujeres participan progresivamente del mercado del trabajo remunerado, ¿cambian los roles en el hogar?; si es verdad que hombres y mujeres tienen iguales derechos y deberes, ¿realiza él las mismas tareas domésticas que su mujer?

Las ideas de la familia de origen

No hay una sola razón que explique que ellos hagan tan pocas cosas en la casa. El fenómeno es multidimensional y hay interpretaciones para todos los gustos.

Se dice que porque al estar insertos en el mercado laboral pasan menos tiempo en casa. Como contraparte, las mujeres que no trabajan fuera dedicarían su tiempo a la labor doméstica. Sin embargo, la incorporación de la mujer al trabajo remunerado no modifica significativamente las cosas y, ya lo vimos, el hombre que no trabaja tampoco gana estrellas por su colaboración.

También se dice que algunas mujeres no dejarían hacer ciertas tareas para no perder el poder que subyace a la gestión de la casa. ¿Será?

Otra explicación es que la división de las labores está asociada al nivel de recursos que aportan mujeres y hombres. Estos, al entregar más dinero, tendrían mayor poder para determinar las actividades dentro del hogar.



Sin embargo, una respuesta que tiene bastante más arraigo en los estudios de género es aquella que apunta a las representaciones sociales del hombre y de la mujer. Las mismas que generación tras generación hemos heredado de nuestras propias familias. “En la educación del hogar se enseña a relacionar cada sexo con determinadas tareas domésticas y tienden a reproducirse los roles aprendidos y practicados en el hogar de origen. Hay una correspondencia entre práctica y representaciones”, sostiene el informe.

La evidencia demuestra que hombres y mujeres provenientes de familias donde hubo un reparto de tareas tienden a reproducir ese mismo esquema y que, por el contrario, aquellos criados en ambientes donde el trabajo del hogar lo hacían las mujeres, con seguridad replicarán ese modelo. “Por eso es tan importante lo que observan los niños. Si ven que el fin de semana el papá se lo pasa sentado, mirando televisión, y que la mamá hace todo, las probabilidades de que repliquen esa conducta son mayores”, explica Marcela Ríos, una de las autoras del informe del PNUD.

La investigadora insiste en que las representaciones de género, que proponen cuál debe ser el rol de hombres y mujeres en la sociedad, inciden bastante más de lo que se piensa en las prácticas cotidianas. “La encuesta nos reveló que tu ideología es un factor bien importante para predecir cómo te comportas. Las mujeres con una visión de mundo tradicional creen que su rol es ser dueñas de casa y cuidar a los niños, y que el rol del hombre es proveer, y estar afuera. Asumen más carga de trabajo, porque creen que es lo que les toca. L@s machistas (mayoritariamente hombres, aunque también se cuentan mujeres entre sus filas) entienden que las mujeres tienen un rol subordinado”, sostiene.

La resistencia

Sin embargo, muchas mujeres han trabajado con sus identidades y han demandado mayor igualdad. Y aun así sienten y experimentan en el día a día que los hombres no hacen su parte. Éstos, en su gran mayoría “son espectadores pasivos de los cambios, y se sienten amenazados por ellos. No están cómodos con que se haya transformado el rol de la mujer en la sociedad”, indica el informe del PNUD. Y agrega: “Por una parte, resisten y limitan el acceso de las mujeres a los puestos de poder; por otra, se restan de participar igualitariamente en las tareas del ámbito doméstico”.

Porque no todas las mujeres están atrapadas en representaciones culturales que les impiden ceder espacio en lo doméstico. La mujer soberbia y neurótica que no delega tareas en su pareja porque quiere que todo salga perfecto es un peligroso estereotipo que para variar culpa a la mujer de sus propias desgracias. La evidencia demuestra que el hombre tiene una resistencia real al cambio, por lo tanto aquello de que “mi mujer no me deja hacer las cosas” es, de todas maneras, una respuesta que encierra trampas.

Y sí. Puede que algunas, para simplificarse la vida, opten por lavar la loza con el fin de evitar que su pareja deje todo mojado, o prefiera ir de compras para que en el carro las paltas no queden debajo de las papas. “Pero en realidad la tendencia mayoritaria no es que los hombres estén muriéndose por ayudar, buscando qué hacer y que las mujeres no los dejen. Eso también es parte de un estereotipo”, sostiene Marcela Ríos.

¿Tiempo libre?

Por último, una pregunta: lector@, ¿considera usted que cortarse el pelo o darse un baño es gozar del tiempo libre? Si la respuesta es afirmativa, es casi seguro que usted es una de las tantas mujeres que experimentan el descanso como un tiempo simultáneo con otros tiempos. Si es negativa, lo más probable es que sea uno de los tantos hombres que bien entienden el tiempo libre como un instante autónomo, en que se busca distracción. Usted tiene clarísimo que ir a la peluquería o asearse no es, precisamente, esparcimiento.

De acuerdo con el informe del PNUD, un 50% de las chilenas declara dedicar todo su tiempo libre a la familia, versus el 33% de los hombres. Esto significa que ellas estructuran sus tiempos cotidianos en función de las necesidades de los otros. Y es que la forma en que se gasta el tiempo libre es uno de los ámbitos en que mejor se aprecia la persistente desigualdad de géneros.

Según el informe, el tiempo libre para los hombres es autónomo. A diferencia de las mujeres, que suelen ver tele mientras cocinan, o descansar mientras conducen o se bañan. “Su tiempo libre no es independiente de actividades y responsabilidades. Es una yuxtaposición o simultaneidad entre varios tiempos”, señala el estudio. Para las mujeres con trabajo remunerado disponer de un momento libre de calidad es mucho más difícil. Ellas se desarrollan en roles no tradicionales a costa de su descanso o de la intensificación del uso del tiempo, mediante dobles y hasta triples jornadas y ello sólo podrá revertirse

cuando sus parejas tengan la voluntad de participar en la transformación de ese derrotero.
No faltarán las oportunidades: ¡Querer es poder!